

Un aire de familia

«SE me ocurrió que, con el paso del tiempo, una imagen, cualquier imagen, inevitablemente va perdiendo su claridad y su fuerza, aun su coherencia. Sentí un impulso de detener el carro a medio pueblo y buscar libreta y lapicero y escribirla, de dejarla plasmada, de compartirla a través de palabras».

Un escritor, el escritor guatemalteco Eduardo Halfon, emprende un viaje. Ha aceptado una invitación a participar en el Día de la Memoria del Holocausto que se celebra en Italia cada 27 de enero, día en que se liberó Auschwitz en 1945. Ha aceptado, sin mucha convicción, para hablar de su último libro, de su abuelo polaco y de su paso por Auschwitz. Ya lo ha hecho otras veces, en otros lugares, en otras circunstancias, con el mismo distinto ánimo. El evento, como se dice hoy, tiene lugar en un campo de concentración en Calabria, Ferramonti di Tarsia. Nada más adecuado después de todo, pero no es un auténtico campo de concentración, sino una réplica donde todo, naturalmente, es falso, «una especie de maqueta o de muestra o de parque temático dedicado al sufrimiento humano». Este es el tema, en pocas palabras, aderezado con un significativo lapsus, un recuerdo, un sueño, del primer relato incluido en *Signor Hoffman*, última entrega, hasta la fecha, de esa obra en marcha que inició Eduardo Halfon con *El boxeador polaco* y continuó con *La pirueta* y *Monasterio*. Obras todas

ellas independientes entre sí, es decir, autónomas. Ciclo novelístico que es acaso, palabra esta que utiliza tantas veces el autor a lo largo de su libro, también un viaje. Un viaje del que cada nueva entrega, cada nueva novela, cada nuevo relato, es una escala, una etapa, una visita a la memoria. Pero un viaje que no es lineal, es decir, que no avanza ni retrocede en línea recta, pero que tampoco es circular, sino más bien, acaso, elíptico.

Signor Hoffman contiene seis relatos. En ellos el autor viaja a Calabria, a la costa del Pacífico, a Belice, a Harlem, a Lódz. Todos soberbios, todos sorprendentes. En el segundo relato, «Bambú», cuya anécdota es todavía más sutil, más delgada, más nimia, pero como en el relato anterior y los siguientes cargada de emociones, de sensaciones, de recuerdos, le dice a un desconfiado inspector de aduanas, mientras le muestra sus pasaportes guatemalteco y español, que él es muchos. En aquel momento concreto es dos (escritor e ingeniero, un hombre cualquiera y el protagonista de una novela, judío y gentil, guatemalteco y español, y otras muchas duplicidades o personalidades seguramente que sólo él conoce –esto no se lo dice al inspector naturalmente–, con los inspectores nunca conviene hablar demasiado) pero no dos identidades alternativas, intercambiables, sino simultáneas, no una y después la otra, sino las dos a la vez.

Halfon describe sin rebuscamientos, sin pretensiones, sin vanos efec-

tismos, y unas pocas frases simples, en ocasiones incluso sólo unas pocas palabras, «Gallinas corrían sueltas», le bastan para sugerir una situación, una circunstancia, un sentimiento, de desolación, de pérdida lo más a menudo, «Había además cuatro grandes diplomas de bachillerato, colgados en fila, con orgullo». O en otro relato: «Agachándome, recogí la pequeña piedra del suelo y la apreté con fervor dentro de mi puño, queriendo sentir su frialdad en mi puño, queriendo destriparla en mi puño como a una ciruela». Pero desolación y pérdida sin falsos dramatismos, desolación y pérdida de quien no ha tenido nunca nada, de quien la vida incluso la tiene como prestada. A veces las descripciones suenan como una letanía, otras veces son digresiones históricas, «En 1915, el mismo pueblo de La Libertad, entonces llamado Florida, fue el escenario de la última batalla revolucionaria en contra del ejército de Estrada Cabrera», otras más recuerdos familiares, «Y una vez más me puse a pensar en mi propio hermano, y mi propia hermana, y nuestro propio baile de hermanos: baile accidentado, torpe, a veces hasta furioso».

Halfon escribe su vida, la novela de su vida, con los recursos propios de la novela. No sabemos, ni importa demasiado, si es fiel a la verdad de los hechos, pero de lo que no nos cabe duda, y eso es lo que importa, es de que es fiel a la verdad de la experiencia. Sus personajes, sus recuerdos, sus homenajes, pasan de un relato a otro sin solución de continuidad, van y vienen idénticos y diferentes a sí mismos. Como también pasa con la me-

moria. Como también pasa con los sueños. Y en esto, además de en su peculiar y tan eficaz forma de narrar, reside parte de la originalidad de su obra narrativa. La otra parte está en lo que narra, en esas «historias pequeñas», esas «escenas precisas» de «hombres cualquiera», de «hombres frágiles y malogrados y banales», como las historias que interpretaba el actor Philip Seymour Hoffman en sus películas que tanto gustan al autor. Anécdotas que trascienden la anécdota, que tienen todas ellas un cierto aire de familia, que nos las hace, a pesar de la distancia, tan próximas. Y esta es acaso una de las funciones, características sería sin duda más exacto, más propio, menos pretencioso, de la novela: anular las distancias. Anular las distancias entre el lector y lo que está leyendo. Como si el lector se estuviese leyendo a sí mismo, su propia vida, tan parecida y tan diferente a cualquier otra vida, y no la vida de un escritor guatemalteco, porque la vida de un escritor guatemalteco, o sirio, o croata, o ucraniano, en el fondo no nos interesa demasiado, lo que nos interesa es nuestra propia vida. Y eso es lo que tenemos que agradecerle a Eduardo Halfon, que hablando de sí mismo nos esté hablando de nosotros, que narrando su vida, esté narrando la nuestra. Claro que los hechos que se narran, las circunstancias, los personajes, los escenarios, incluso el tiempo, no son los mismos. Recuerden: nunca hay dos de nada. Pero en eso estriba el poder y la fuerza de la novela, en que el lector no se identifica, como pretenden algunos críticos y novelistas, sino que se reconoce,

se descubre, se encuentra, tropieza consigo mismo. Y en la última página del libro acaso, una vez más acaso, está la razón del mismo, la razón de tantos libros: lo importante es escribir, lo importante es narrar, lo importante es dejar testimonio, aun a sabiendas de que un día se perderá todo, se olvidará todo, nadie lo leerá ya, aun a sabiendas que todo es ficción, o acaba convirtiéndose en ficción, una ficción que continuará en otros relatos, que continuará en otros libros, propios o ajenos, escritos o sólo imaginados.

Viajamos al pasado, con la memoria o con un Saab color zafiro prestado por un amigo, perseguimos unas pistas ilusorias y dudosas buscando una genealogía que nos arraigue en el mundo. Pero todo es en vano. El desarraigo, el exilio, el olvido, es nuestra condición más íntima. Histórica. Personal. Histórica y personal. Y así, nos dice el autor, «Nos convertimos en nuestra propia ficción». —MANUEL ARRANZ.

Eduardo Halfon, *Signor Hoffman*, Barcelona, Libros del Asteroide, 2015.